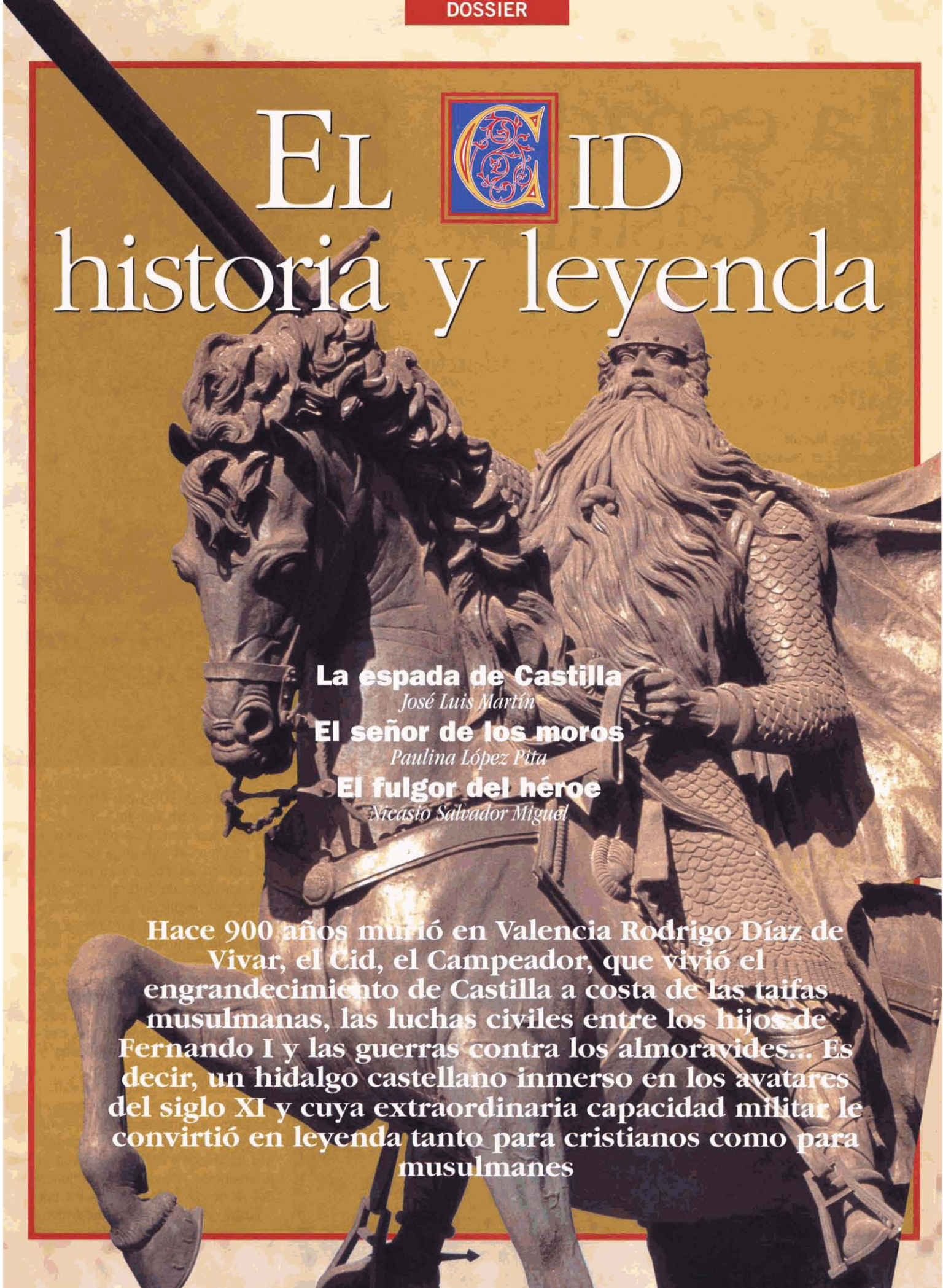
El Cid historia y leyenda



La espada de Castilla
José Luis Martín

El señor de los moros
Paulina López Pita

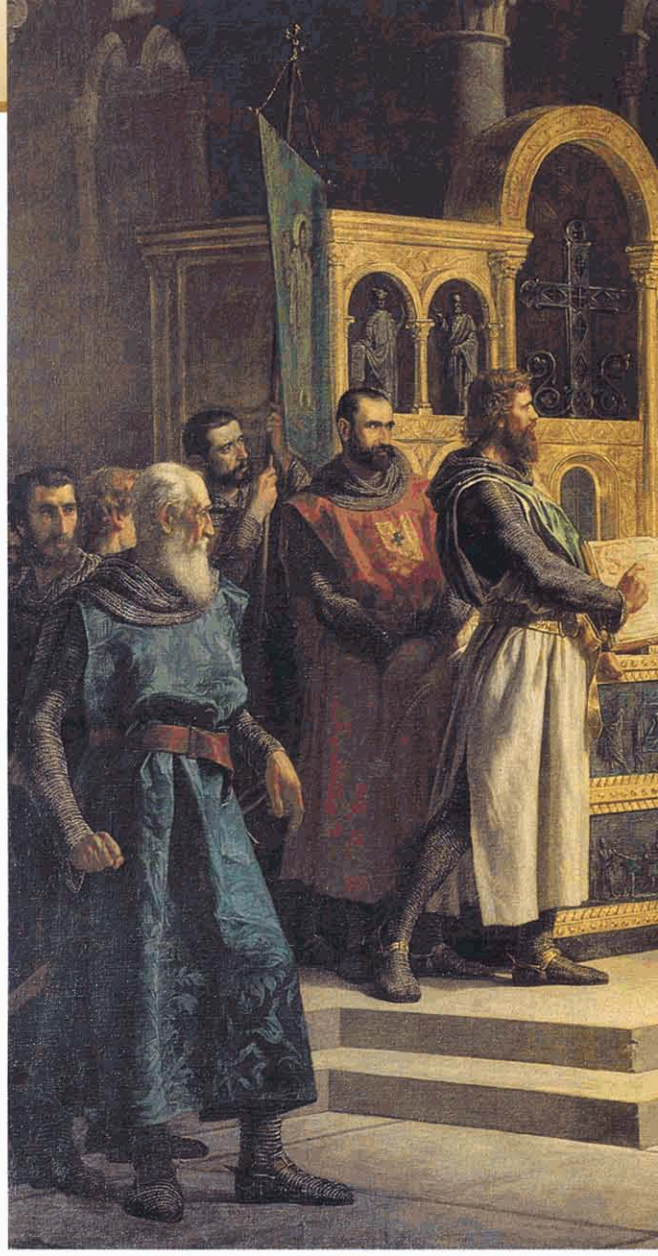
El fulgor del héroe
Nicasio Salvador Miguel

Hace 900 años murió en Valencia Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, el Campeador, que vivió el engrandecimiento de Castilla a costa de las taifas musulmanas, las luchas civiles entre los hijos de Fernando I y las guerras contra los almoravides... Es decir, un hidalgo castellano inmerso en los avatares del siglo XI y cuya extraordinaria capacidad militar le convirtió en leyenda tanto para cristianos como para musulmanes

La espada de Castilla

Bajo el resplandor de su leyenda, se oculta un hidalgo castellano típico de su época, con un talento militar fuera de lo común

José-Luis Martín
Catedrático de Historia Medieval
UNED, Madrid



RODRIGO DÍAZ, EL HIDALGO CASTELLANO nacido en Vivar hacia 1043 y muerto en Valencia en 1099, practicamente ha desaparecido, eclipsado por la luz que los textos literarios arrojan sobre su criatura. En el Cid Campeador se han simbolizado las grandezas y las miserias de España, las heroicidades y los desastres de Castilla. El noble castellano, que vive de acuerdo con su tiempo, ha sido transformado por sus admiradores en el héroe nacional castellano-español. En contraposición, para sus detractores es el antihéroe por antonomasia, responsable de las desgracias españolas, que sólo tendrán solución cuando –en frase de Joaquín Costa–, se eche doble llave a su sepulcro para que no vuelva a cabalgar, a ganar después de muerto la batalla del conservadurismo más arcaizante. El personaje literario ha eclipsado totalmente al noble castellano y ha hecho olvidar la realidad en la que se movió y su actuación personal, sin cuyo conocimiento no es posible entender al personaje literario.

La Península de las taifas

Divididos y en guerra permanente entre sí, los reyes musulmanes –taifas– se mueven en un círculo vicioso: incapaces de unirse frente a los cristianos, para evitar sus ataques necesitan pagar la protección de éstos y reunen el dinero mediante una mayor presión fiscal que, con frecuencia, da origen a motines y revueltas, que serán dominadas con la ayuda de tropas cristianas; es decir, con el pago de nuevas parias –tributos– que provocan a su vez nuevos levantamientos... Tales dineros sirven a reyes y condes cristianos para organizar sus dominios, pagar los servicios de los nobles y preparar campañas de conquista, como la realizada en 1085 por Alfonso VI de León y Castilla contra Toledo.

La importancia económica de las parias y su interés político –el que paga parias es vasallo de quien las cobra y su reino se convierte en zona de futura conquista del protector– explican los enfrentamientos entre cristianos. En la zona occidental de la Península, chocan León y Castilla hasta la unificación de los reinos por Alfonso VI, en el año 1072; en el Valle del Ebro y en la costa mediterránea litigan castellanos, navarros, aragoneses y catalanes.

La ocupación de Toledo y los éxitos militares de Alfonso VI llevaron al monarca a incrementar la presión económica y política sobre los reinos islámicos y éstos solicitaron la intervención de los musulmanes del Norte de África unificados por Yusuf, emir de los almoravides,

que derrotó a Alfonso en Zalaca o Sagrajas en 1086. Los almoravides terminaron con los reyes taifas, acusándolos de incumplir los preceptos coránicos y de cobrar impuestos ilegales. En 1090, Abd Allah de Granada era depuesto y desterrado al Norte de África; un año más tarde, Yusuf ocupaba Sevilla, y en 1094 se apoderaba de Badajoz, a pesar de los intentos de Alfonso VI por salvar ambas taifas. Sólo resistieron por algún tiempo a los almoravides Valencia –que sería ocupada en el 1102, tres años después de la muerte del Cid– y Zaragoza, incorporada al Imperio norteafricano ocho años más tarde.

El paladín de Sancho II

Nacido probablemente en el año 1043, en el pueblecito burgalés de Vivar, Rodrigo fue nieto de Laín Núñez e hijo de Diego Laínez. Como otros muchos jóvenes de la nobleza, a los catorce años pasó a la Corte, al servicio de Sancho, primogénito de Fernando I y heredero de Castilla. Allí adquiriría los conocimientos propios de los hidalgos de la época: entrenamiento militar y, quizás, lectura y nociones de escritura. Rodrigo sabía escribir, entendía de leyes y –según los cronistas musulmanes– mientras comía se hacía leer narraciones guerreras, hazañas de héroes cristianos y musulmanes, siguiendo quizá la vieja costumbre de los godos de oir los cantos épicos de sus antepasados.

En la portadilla, **estatua ecuestre del Cid, en el Paseo del Espolón de Burgos (por Cristóbal de Juan).** Izquierda, **representación del Cid en el *Libro de Retratos del Alcázar de Segovia*, realizado por Orden de Felipe II, 1594 (M. Prado, Madrid).** Arriba, ***Jura de Alfonso VI en Santa Gadea* (por Hirández Acosta, Palacio del Senado, Madrid).**

Con apenas veinte años, Rodrigo lucha en la batalla que enfrenta a los reyes cristianos de Castilla y de Aragón por el control de las parias de Zaragoza. Ramiro I de Aragón ataca, en 1063, a al-Muqtadir de Zaragoza y se apodera de Graus, donde zaragozanos y castellanos derrotan y dan muerte al monarca aragonés, que, por cierto, era hermano del rey castellano... Rodrigo parece haber intervenido a las órdenes directas de Sancho, que pagaría sus servicios nombrándole alférez real cuando, dos años después, accedió al trono de Castilla a la muerte de su padre Fernando I.

Como alférez al servicio de Sancho II de Castilla y como personaje importante de la corte castellana, interviene en los conflictos fronterizos y en un nuevo conflicto por el control de las parias zaragozanas que desemboca en la Guerra de los Tres Sanchos: Sancho II de Castilla, Sancho IV de Navarra y Sancho Ramírez de Aragón. Quizá correspondan a este

El personaje histórico

Hacia 1043 Nace en Vivar.
1063 Interviene en la toma de Graus.
1065 Muere Fernando I. Sancho II de Castilla le nombra alférez.
1066 Suscribe un documento cortesano.
1067 Participa en el sitio de Zaragoza.
1071 Alfonso y Sancho deciden repartirse la Galicia de García.
1072 (Enero) batalla de Golpejera entre Sancho II y Alfonso VI; éste se refugia en Toledo. (Octubre) sitio de Zamora: Bellido Dolfos mata a Sancho II. Jura de Santa Gadea.
1074 (19 julio) casa con Jimena Díaz, hija del conde de Oviedo y sobrina del rey.
1075 En Oviedo asiste a la apertura del arca de las reliquias y es juez en un pleito. Nace su primer hijo, Diego, y obtiene del rey inmunidad para sus heredades.
1076 Participa en las campañas contra Navarra.
1079 Embajador a Sevilla para cobrar parias. Choque con García Ordóñez.
1081 Desterrado, marcha a Barcelona, donde no le son aceptados sus servicios En Zaragoza sirve a al-Muqtadir y a al-Mutamín.
1082 Sitio de Almenara: el conde de Barcelona, prisionero. Alfonso VI, traicionado en Rueda; fallida reconciliación con el Rey.
1084 (14-18 agosto) batalla de Tortosa y sitio de Morella.
1085 Muere al-Mutamín. al-Mustain, rey de Zaragoza. Alfonso VI conquista Toledo (mayo). Silencio sobre la actividad del Cid, que sigue en Zaragoza.
1086 Desembarco almoravide (junio). (23 octubre) derrota cristiana en Sagrajas, Zalaca.
1087 (Primavera) se reconcilia en Toledo con el rey Alfonso. (21 julio) con la Corte, en Burgos.
1088 Socorre a al-Qadir de Valencia frente al rey de Lérida.
1089 Levanta el cerco a Valencia del conde de Barcelona. (Octubre) Alfonso VI le pide auxilio desde Aledo. Nuevo enfriamiento; vuelve a actuar, ya por su propia cuenta, en Levante. Según el *Poema,* boda de las hijas con los infantes de Carrión y afrenta de Corpes.
1090 (Mayo) victoria sobre Berenguer en Tévar. Grave enfermedad en Daroca.
1091 Participa en la fracasada campaña de Granada. Ataca y arrasa La Rioja.
1092 (1 noviembre) muere al-Qadir.
1093 (Julio) Valencia, tributaria del Cid. (Noviembre) nuevo cerco a la Valencia almoravide.
1094 (15 junio) toma posesión de Valencia. (25 octubre) batalla de Cuarte.
1095 (Mayo-junio) proceso contra Ibn Yahhaf.
1096 Cristianización de la mezquita mayor de Valencia.
1097 (Enero) con Pedro I de Aragón, victoria de Bairén sobre los almoravides. (Septiembre-octubre) derrota de Alcira. (15 agosto) desastre de Consuegra: muere su único hijo, Diego.
1098 Efímera ocupación de Murcia. Boda de las hijas con los infantes de Navarra y Aragón. Toma de Murviedro (Sagunto).
1099 (10 de junio) muere en Valencia Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.
1102 (Abril-mayo) los almoravides recuperan Valencia. Jimena la abandona, llevándose el cadáver del Cid.
1104 Muere Jimena. Su cuerpo, depositado junto al de su esposo en el monasterio de Cardeña.

Fernando I, rey de León y Castilla, 1037-1065 (miniatura de los *Tumbos de Compostela*, siglo XII, catedral de Santiago de Compostela).

período de su vida los combates con un musulmán de Medinaceli y con el caballero navarro Jimeno Garcés, a los que se refieren la *Historia Roderici* y el *Carmen Campidoctoris*, poema al que debe Rodrigo el comienzo de su fama y el sobrenombre de *Campi Doctor* o campeador.

Afianzados la frontera oriental y el control del reino de Zaragoza, Sancho inicia la revisión del testamento de Fernando I, que había lesionado sus derechos de primogénito al fragmentar su reino. A su segundo hijo, Alfonso, le había hecho rey de León y a otro hijo, García, de Galicia. En 1068 tiene lugar la batalla de Llantada, que precede a un acuerdo entre Alfonso y Sancho para desposeer a García de su reino, lo que ocurrió en 1071. Un año más tarde resurgían las diferencias entre leoneses y castellanos y Alfonso, derrotado en Golpejera –con la colaboración del Cid– hubo de refugiarse en el reino musulmán de Toledo, dependiente de León, según el testamento de Fernando I.

Combatiendo a Zamora, donde una de sus hermanas, la infanta Urraca, se hizo fuerte, murió Sancho, en 1072, a manos de Bellido Dolfos, y aunque sólo fuentes literarias posteriores hablan del juramento exigido por el Cid a Alfonso en Santa Gadea de que no había tenido parte en la muerte de su hermano, parece lógico que los castellanos exigieran alguna garantía antes de aceptar al nuevo monarca de León y Castilla, Alfonso VI. Intervinie-

Sólo fuentes posteriores hablan del juramento exigido a Alfonso de que no había tenido parte en la muerte de su hermano, pero es lógico que se exigiera alguna garantía antes de coronarle rey

Izquierda, **Doña Urraca, hija de Fernando I y reina de Zamora (miniatura de los *Tumbos de Compostela*, siglo XII, Catedral de Santiago de Compostela).** Derecha, **Sancho II, rey de Castilla (*Libro de Retratos del Alcázar de Segovia*, M. Prado, Madrid).**

ra o no en la exigencia del juramento, Rodrigo siguió en la corte y firmó como testigo en algunas donaciones del monarca, pero su situación ya no era la misma que en época de Sancho, pues la confianza y el favor de Alfonso VI se dedicaban a quienes se habían criado con él y le habían acompañado en la corte de León y en el destierro.

Alfonso, sin embargo, confiaba en su vasallo, al que encomendó en 1073 la solución de un pleito entre el monasterio de Cardeña y los habitantes del valle de Orbaneja; un año más tarde, Alfonso autorizó el matrimonio de Rodrigo con Jimena, hija del conde de Oviedo –según la *Historia Roderici*– y en 1075 le nombraba juez en un pleito entre el conde Vela Ovéquiz y la iglesia de Oviedo, en cuya catedral asistió, el 13 de marzo, a la apertura del arca que contenía, según los contemporáneos, trozos de la Cruz en la que murió Cristo, fragmentos del pan de la Última Cena, frascos con sangre de Jesús y con gotas de leche de la Virgen María, reliquias de san Juan Bautista, de los Apóstoles y de más de sesenta santos...

Sin duda, Rodrigo participó en las campañas de 1076 contra Navarra, en las que Alfonso VI recuperó La Rioja y parte de las tierras de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. Se sabe, también, que formó parte de la nobleza que asistió, en 1080, en Burgos al concilio por el que la iglesia castellana aceptaba, como prueba de la sumisión a Roma, la liturgia romana en lugar de la mozárabe, hasta entonces vigente en Castilla y León. Una prueba más de la confianza de Alfonso VI en Rodrigo es su envío a Sevilla a recaudar las parias debidas por al-Mutamid, probablemente en 1079. Quien recibe las parias ha de proteger el reino y Rodrigo no dudó en hacer frente a las tropas de Abd Allah de Granada, cuando éstas, con el apoyo de los castellanos comisionados para recibir los tributos del taifa granadino atacaron tierras sevillanas. En la batalla, fueron hechos prisioneros y privados de sus armas y caballos el conde García Ordóñez y sus hombres; el conde debía estar bien situado en la corte de Alfonso VI y allí exigió que se castigara a Rodrigo, objetivo que logró poco después: Alfonso VI desterró a Rodrigo en 1081, cuando éste atacó a los musulmanes de Toledo, protegidos de Alfonso VI.

La amargura del destierro

Rodrigo se vió obligado a ganarse la vida y la de quienes dependían de él mediante el alquiler de sus armas a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar sus servicios, ya fuera cristiano o musulmán, pues entre unos y otros apenas había diferencias, según comprobación personal.

Alfonso VI de León y Castilla, conquistador de Toledo, durante cuyo reinado se desarrolla el destierro del Cid y su epopeya (miniatura de los *Tumbos de Compostela*, siglo XII, catedral de Santiago de Compostela).

Ha combatido en la guerra fratricida entre Fernando I de Castilla y su hermano Ramiro de Aragón; en la Guerra de los Tres Sanchos; en las luchas entre Sancho II y su hermanos García, Alfonso y Urraca; en las guerras entre granadinos y sevillanos, y ahora ha sido desterrado de Castilla por combatir a los musulmanes de Toledo...

Rodrigo es un hombre de su época y sólo se diferencia de sus contemporáneos por su habilidad como jefe militar. Por ello, en el destierro, ofrece sus servicios al conde de Barcelona y, al no ser aceptados, al rey musulmán de Zaragoza, que le acoge con la esperanza de librarse de la onerosa tutela de los reyes de Castilla, de Navarra y Aragón y de los condes de Urgel y de Barcelona. El monarca zaragozano prefería tener en su reino alguien capaz de defenderlo, que depender de príncipes cristianos que cobran caros sus servicios, exigen el reconocimiento de su autoridad y retrasan la ayuda militar o, incluso, atacan a su protegido para incrementar la cuantía de los tributos; un mercenario era un mal menor en aquellas circunstancias y así fue aceptada la espada de Rodrigo por al-Muqtadir, poco antes de morir éste, en octubre de 1081.

Tras la división de los dominios de al-Muqtadir entre sus hijos, Rodrigo continuó al servicio del nuevo rey de Zaragoza, al-Mutamín, que se enfrentó a su hermano al-Hachib, rey de Lérida, Tortosa y Denia, y a los protectores cristianos de éste: el conde de Barcelona y el rey de Aragón y Navarra, que fueron vencidos en la batalla de Almenara. Fue un gran éxito para Rodrigo, pues capturó al conde, que cayó, junto con sus caballeros, y que por su libertad hubo de pagar rescate, del que una parte considerable sería para el caballero castellano. Rodrigo Díaz batió nuevamente a las tropas aragonesas en el año 1084, por lo que se hizo imprescindible en Zaragoza: al morir al-Mutamín, su hijo y sucesor al-Mustain le mantuvo a su servicio hasta que se reconcilió con su rey, Alfonso VI, en 1087.

Para hacer frente al conde de Barcelona se aliaron Zaragoza y Castilla, lo que aproximó a Alfonso VI y Rodrigo, al que se permitió volver del destierro cuando, en el año 1086, la derrota de Sagrajas obligó a unir sus esfuerzos

Señor de Valencia

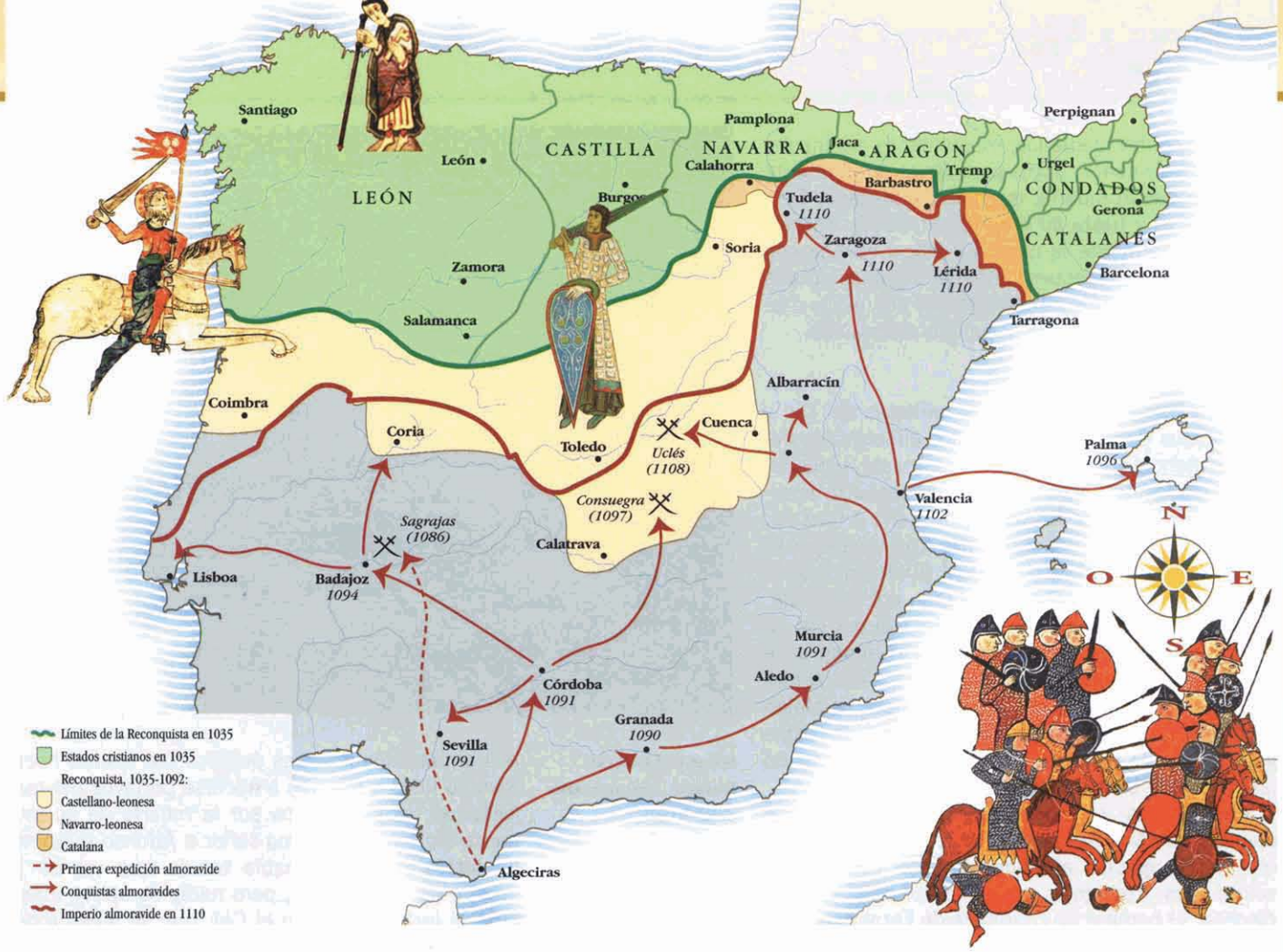
Si el destierro de Rodrigo tuvo su origen en el ataque a los súbditos del rey al-Qadir de Toledo, este personaje también jugó un papel indirecto en la reconciliación de Rodrigo con Alfonso VI. El mal gobierno y la presión fiscal de al-Qadir para atender las exigencias del rey castellano dieron lugar a sublevaciones que fueron sofocadas estableciendo permanentemente tropas castellanas en Toledo.

El siguiente paso fue la ocupación del reino de al-Qadir, después de llegar a un acuerdo para ayudarle a tomar el reino de Valencia, tras la muerte del rey de aquella taifa. Alfonso VI aspiraba a imponer como rey al depuesto al-Qadir de Toledo, contra los intereses encontrados de los reyes musulmanes de Lérida y Zaragoza apoyados, respecti-

El raro amor de Jimena

Modesto Lafuente reproduce en su *Historia General de España* una conocida e infundada leyenda, según la cual el anciano padre del Cid languidecía de humillación y pena a causa de la afrenta que le había inferido el conde de Gormaz. "Rodrigo, salió a desafiar al conde, le mató, le cortó la cabeza, y colgándola de la silla de su caballo fue a presentársela a su padre, en ocasión que este se hallaba sentado a la mesa sin tocar los manjares que delante tenía. Entonces el hijo llamó la atención del padre hacia aquel sangriento trofeo, y le dijo: 'mirad la yerba que os ha de volver el apetito: la lengua que os insultó ya no hace oficio de lengua, ni la mano que os afrentó hace el oficio de mano'.(...)

"Lo singular fue que la hija del conde, enamorada del Cid, se presentó en la corte de León, y puesta en hinojos ante el rey le pidió por esposo a Rodrigo, poniéndole en la alternativa o de concederle su mano o de quitarle la vida. Otorgada tan extraña merced, y obtenida la mano de Rodrigo, este la llevó a su casa, pero hizo voto de no conocerla hasta haber ganado cinco batallas campales. Dióse entonces a correr por las tierras comarcanas de los moros, e hizo en efecto cautivos cinco reyes mahometanos".



Evolución de la Península en tiempos del Cid (las miniaturas proceden de *Tumbos, Beatos* y *Maqamat al-Hariri*, siglos XII-XIII).

vamente, por el conde de Barcelona y por Rodrigo. La necesidad de hacer frente al conde barcelonés provocó una alianza indirecta entre Zaragoza y Castilla y, como consecuencia, una aproximación entre Alfonso VI y Rodrigo, que fue admitido en Castilla cuando, en el año 1086, la victoria almoravide de Zalaca (Sagrajas) obligue a unir esfuerzos. Rodrigo, ya en nombre de Alfonso VI, se trasladó a Valencia para defender al rey vasallo de Castilla, en cuya defensa hubo de enfrentarse a su antiguo señor, al-Mustain de Zaragoza.

Es probable que la defensa de Valencia absorbiera tanto a Rodrigo que descuidó sus deberes hacia Alfonso VI o, al menos, así se interpretó el retraso de Rodrigo en acudir en defensa del Rey cuando éste fue atacado por los almoravides. Nuevamente desterrado, Rodrigo puso su destreza militar al servicio de al-Qadir de Valencia, cuyo reino

El Cid y el leproso

Cuenta la leyenda que, yendo el Cid en peregrinación a Santiago de Compostela, al llegar a un vado, un leproso le rogó que le pasara al otro lado. Rodrigo tuvo compasión: le subió a su mula y le llevó con él. Por la noche le hizo comer en su propia escudilla y luego se acostó junto a él, envueltos ambos en la misma capa. A media noche, se apercibió de que el leproso había desaparecido; en esto que se le apareció un hombre vestido de blanco.

-" ¿Duermes, Rodrigo? - le preguntó.

- No duermo; pero ¿quién eres tú que tanta claridad difundes?

- Soy San Lázaro, el leproso quien has hecho tanto bien y en recompensa de ello cada vez que sientas un soplo como el de esta noche, sea señal de que llevarás a feliz remate las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de día en día, te temerán moros y cristianos, serás invencible y morirás con honra".

Rubén Darío se hizo eco en sus versos de esta leyenda:

"Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.
Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, el joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y ponzoña.
Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
'¡Oh, Cid, una limosna", dice el precito.'Hermano,
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano',
dice el Cid; y quitándose su férrero guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende."

(... El Cid obtiene una recompensa)

"Y fue al Cid y le dijo:'alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego;
esta rosa naciente y este fresco laurel.'
Y el Cid sobre su yelmo las frescas hojas siente;
en su guante de fierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel."

(Rubén Darío, *Cosas del Cid*)

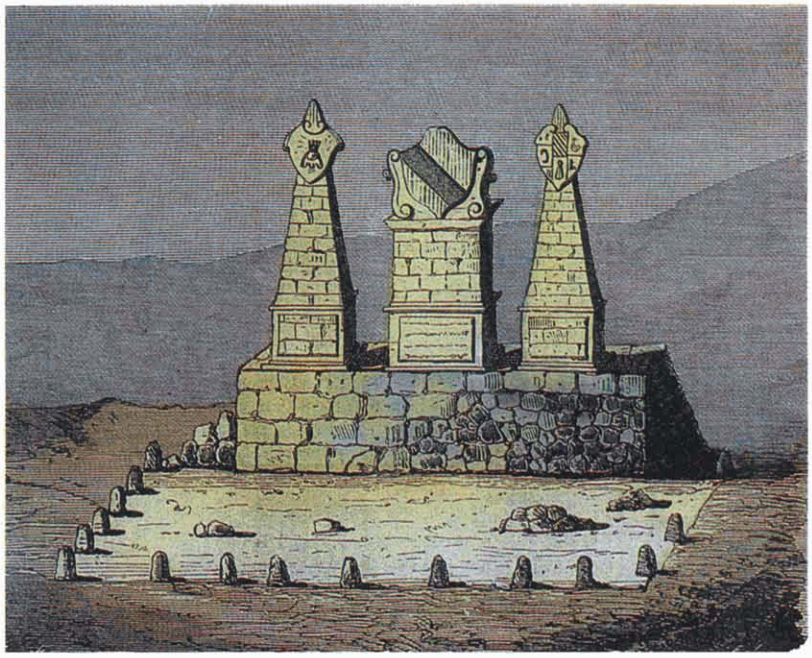
defendió contra cristianos, musulmanes peninsulares y norteafricanos, cuyos partidarios en el interior del reino dieron muerte, en 1092, a al-Qadir. Desde entonces y hasta su muerte, en 1099, Rodrigo ocupó militarmente la ciudad y actuó en ella con plenos poderes, después de haber establecido una alianza con el conde de Barcelona y con el rey castellano para hacer frente al peligro almoravide.

La exaltación del héroe

El contraste entre los éxitos militares del Cid y los fracasos de Alfonso VI ante los almoravides llamó la atención de los contemporáneos, especialmente de los castellanos, que años después, al dividirse una vez más los reinos de León y Castilla, hicieron del enfrentamiento entre Rodrigo Díaz y el conde García Ordóñez de Nájera el símbolo de la oposición entre la pequeña y la gran nobleza y vieron en el abandono de las hijas del Cid por los infantes de Carrión una prueba de la rivalidad o de las diferencias entre castellanos y leoneses. A medida que los textos literarios y cronísticos se alejan en el tiempo, se difumina más la imagen de Rodrigo, que pierde parte de su realidad para entrar en las leyendas, bien o mal intencionadas.

Para poetas y cronistas, Rodrigo es el mejor ejemplo de cómo era posible ascender socialmente en Castilla gracias al valor personal: con apenas veinte años, Rodrigo es, para el autor de la *Crónica General*, el hombre de confianza de Fernando I y el símbolo de la superioridad de Castilla sobre León. La *Crónica Najerense,* al narrar los prolegómenos de la batalla de Golpejera, relata que Sancho de Castilla reúne a sus nobles y los prepara para el combate, asegurando que si los leoneses son más numerosos, los castellanos son mejores y más fuertes; su lanza es comparable a la de mil leoneses y la de Rodrigo, a cien. Ejemplo de mesura, el Campeador afirma que, con la ayuda de Dios, combatirá con un solo caballero y hará lo que Dios disponga. Palabras que no impedirán que en el combate se enfrente él solo a catorce leoneses –que habían capturado a Sancho de Castilla–, libere al monarca y, con su ayuda, destruya a los leoneses, de los que sólo uno logró escapar gravemente herido.

La lealtad, virtud castellana y noble por excelencia, es otra de las características del héroe y por ser leal arrostró los mayores peligros. La lealtad hacia Sancho lleva a Rodrigo a hacerse portavoz del malestar de los castellanos por la muerte de su monarca: no tomarían como señor a Alfonso mientras no jurase que nada había tenido que ver en la muerte de su hermano, pero nadie se atreve a exigirle el juramento salvo el Cid, que se niega a besarle la mano hasta que jure.



Solar del Cid en Burgos. Monumento erigido en 1784 sobre el lugar que supuestamente ocupó la casa del Cid (dibujo de *La Ilustración Española y Americana,* 1872, iluminado por E. Ortega).

La religión poco tiene que ver en las relaciones con los musulmanes, dictadas más por razones económicas que confesionales, pero Rodrigo será presentado como el campeón de la cristiandad peninsular contra los almoravides norteafricanos y en los últimos años de su vida se sucederían las actitudes religiosas, las visiones y sueños... que, con el tiempo, darían a Rodrigo fama de santo. Su religiosidad llevó a Rodrigo a convertir al cristianismo a un alfaquí –experto en religión y derecho islámico– que adopta el nombre de Gil y el apellido Díaz como hermano de religión de Rodrigo. Su muerte le es anunciada en sueños por san Pedro, que dulcifica el anuncio comunicándole que sus tropas vencerían a los almoravides después de su muerte, con ayuda del apóstol Santiago.

Enterrado en Cardeña, según estas leyendas su cuerpo se conservó como si estuviese vivo hasta el punto de que, al cabo de siete años, viéndolo un judío decidió mesar la barba que nadie en vida se había atrevido a tocar y observó horrorizado cómo la mano del cadáver se dirigía a la espada y comenzaba a extraerla de su vaina. El judío se convirtió, ocupándose en adelante, junto con Gil Díaz, de honrar los cadáveres de Rodrigo y de su mujer Jimena, venerados en el monasterio de Cardeña. Para los autores de la *Crónica General* y de *Las Mocedades del Cid*, Rodrigo ha pasado de ser auxiliar o protector de los musulmanes a convertirse en campeón del cristianismo y en santo milagrero que, en vida, convierte a un alfaquí y después de muerto, a un judío.

La estirpe del Cid

El Cid tuvo un hijo llamado Diego Rodríguez, que fue muerto por los moros en Consuegra. De las dos hijas de Rodrigo y de Jimena, la mayor, llamada Cristina, casó con Ramiro, infante de Navarra y señor de Monzón, de cuyo matrimonio nació García Ramírez, el restaurador del reino de Navarra. La otra, nombrada María, tuvo por esposo a Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, los cuáles hubieron una hija que casó con Bernard, último conde de Besalú".

(Modesto Lafuente,
***Historia General de España,* 1877)**

El señor de los moros

Entre la admiración y el odio: la estela del Cid en la literatura musulmana va desde considerarle "milagro del Señor" a "infiel perro gallego"

Paulina López Pita
Profesora titular de Historia Medieval
UNED, Madrid

Rodrigo Díaz de Vivar (litografía de la *Historia General de Valencia*, de G. Escolano, Valencia, 1878, colección particular, Valencia).

RODRIGO DÍAZ DE VIVAR HUBO DE BUSCARSE el pan en otras tierras, al servicio de otros señores, cuando Alfonso VI le desterró de Castilla. Aunque su deseo fue seguir sirviendo a reyes cristianos, no encontró en Barcelona la acogida que esperaba, ya que ni Ramón II ni Berenguer II aceptaron sus servicios, por lo que decidió marchar a la corte taifa de Zaragoza, donde reinaban los Banu Hud.

El Cid salió de Castilla en la primavera de 1081 con sus mesnadas y numerosos vasallos, quienes cumpliendo con su deber de vasallaje se expatriaron con él para ayudarle a vivir fuera de Castilla. En su camino, tomó Alcocer, donde se detuvo quince días, que empleó en pillar las tierras de Ateca, Terrer, Calatayud, Daroca y Molina de Aragón, entre otras. Obtuvo un importante botín, que, en parte, envió al rey Alfonso VI sin, a pesar de ello, obtener su perdón.

Después se dirigió a Zaragoza, donde el rey al-Muqtadir lo recibió con agrado y aceptó sus servicios militares a cambio de entregarle parias, procedimiento muy usual entre cristianos y musulmanes. El propio Cid había participado, en 1063, con las tropas castellanas en ayuda de al-Muqtadir; hubo, incluso, reyes cristianos que, cuando fueron destronados, buscaron refugio y ayuda junto a algún rey musulmán, como Alfonso, rey de León.

Al-Muqtadir gobernaba, desde 1046, uno de los reinos musulmanes más extensos y prósperos de la Península, y siempre había contado para sus empresas con soldados cristianos o había sido tributario de algún príncipe cristiano. Por ello consideraba sumamente beneficioso el servicio del Cid, que le evitaría depender de otro rey cristiano; además, este guerrero era excepcional, según había observado cuando combatía junto al rey Sancho el Fuerte.

Pocos meses después de la llegada de Rodrigo a Zaragoza, y después de treinta y seis años de reinado moría, en octubre del año 1081, al-Muqtadir. Su hijo y heredero, al-Mutamin, mantuvo al Cid a su servicio, poniéndole al frente de su gobierno y convirtiéndole en su principal consejero, ya que le consideraba –según refiere la *Historia Roderici*– *protector* de su reino. La alta consideración que al-Mutamin tenía del Cid se comprueba en lo escrito

por el-Tortosi, contemporáneo del Campeador, quien afirmaba que la fuerza del Estado radicaba en las tropas que recibían soldada mensual; su opinión parece tener más fundamento que la de Ibn Jaldún, que escribió en el siglo XIV.

Una de las primeras actuaciones militares del Cid al servicio del rey de Zaragoza, tuvo lugar en el contexto del enfrentamiento de éste con su hermano al-Mundir, a quien su padre había dejado Lérida, Tortosa y Denia. Contaba al-Mundir con las alianzas de Berenguer, conde de Barcelona y del rey de Navarra y Aragón, Sancho Ramírez.

El Cid inició la campaña con la toma del castillo de Monzón, que no ofreció resistencia; luego ocupó Tamarite, en cuyas proximidades hubo de enfrentarse, por sorpresa, cuando iba con muy pocos hombres, con un número elevado de enemigos. No obstante, les puso en fuga, capturando a siete de ellos con sus caballos; ante sus peticiones de clemencia, les dejó marchar.

Alfonso VI en miniatura del *Libro de Retratos del Alcázar de Segovia*, realizado por orden de Felipe II, 1594 (M. Prado, Madrid).

Continuando su ofensiva, al-Mutamin y el Cid se adentraron en tierras ilerdenses y fortificaron el antiguo castillo de Almenara. Éste fue sitiado, poco después, por el rey de Lérida, con la ayuda de los condes de Barcelona, de Cerdaña y de Urgel. Avisado el Cid, que se hallaba en Escarp, pueblo y castillo que acababa de ganar, acudió rápidamente a socorrerlo, al igual que desde Zaragoza lo hizo al-Mutamin.

Aunque la idea de éste era atacar a los sitiadores, siguió el consejo del Cid, que consideraba más conveniente llegar a un acuerdo mediante el pago de un censo por el castillo; pero los sitiadores, seguros de que podrían recobrar Almenara por la fuerza, despreciaron la propuesta. El Cid entró en batalla –según el *Carmen Campidoctoris*– armado de tal guisa que pudiera compararse a la descripción homérica de Paris y Héctor en la Guerra de Troya: "viste su inmejorable loriga; ciñe la espada, damasquinada en oro por mano maestra; toma la lanza de fresno con fuerte hierro; ajusta sobre su cabeza el yelmo fulgente, chapeado de plata y ornado en derredor con una roja diadema de electro; toma en el brazo izquierdo el escudo; todo estaba labrado con oro, y tenía en medio pintado un dragón en fiera actitud; monta sobre un caballo que un sarraceno había traído del África: no lo daría por mil sueldos, pues corre más que el viento y salta mejor que un venado..." El Cid venció a al-Mundir y a sus aliados y apresó al conde de Barcelona y a algunos de sus hombres, a los que encerró en el castillo de Tamarite; quedarían libres tras comprometerse a pagar los correspondientes rescates.

Tras esta gran victoria, el Cid fue recibido solemnemente en Zaragoza por la multitud allí congregada, como solía hacerse con los vencedores, de tal forma que parecía el señor de aquel reino. Así lo refiere la *Historia Roderici*: *Quasi dominator totius regni*. al-Mutamin, en agradecimiento a los servicios prestados, le entregó importantes donativos y numerosos regalos de oro y plata, ya que nadie hasta el momento le había servido de tal manera. El Cid y sus hombres ejercían –como afirma Menéndez Pidal– *un verdadero protectorado*, al que desde tiempo atrás habían aspirado tanto los reyes de Navarra y de Castilla como los condes de Barcelona.

A pesar de la ayuda prestada al reino taifa, el Cid deseaba atender los intereses del monarca castellano. En 1082 tuvo lugar un suceso que estuvo a punto de reconciliar al Cid con el rey Alfonso VI. El motivo fue la rebelión contra al-Mutamin de la villa de Rueda, a 35 kilómetros de Zaragoza, promovida por su alcalde, Abulfalac, y el ex-rey de Lérida, al-Muzaffar, prisionero en el castillo de este lugar. Los sublevados solicitaron ayuda al rey castellano, quien acudió a socorrerles, pues desde hacía tiempo deseaba iniciar su expansión militar por esa zona.

Mientras esto sucedía, se produjo la inesperada muerte de al-Muzaffar, por lo que el alcaide de Rueda, ya sin motivo para mantener la rebelión, quiso volver al servicio de al-Mutamin. Para congraciarse con él, tendió una trampa a Alfonso VI, a quien hizo entrar en el castillo con el pretexto de entregárselo, atacándole por sorpresa el 6 de enero de 1083. Cuando el Cid, que se encontraba en Tudela, supo lo que le había sucedido a Alfonso, corrió con sus gentes a socorrerle, aunque el rey de Zaragoza pudiera irritarse por ello.

Esto hizo –según refiere Menéndez Pidal– que Alfonso VI le propusiera regresar con él a Castilla, lo que el Cid, aceptó de buen grado, a pesar de la posición de que disfrutaba en la corte de Zaragoza. No obstante, como poco tiempo después el Cid ad-

El segundo destierro

Cuando en 1090 Yussuf con sus Almoravides y con los árabes andaluces fue a atacar el castillo de Aledo, Alfonso avisó a Rodrigo para que acudiera al socorro de los sitiados. Por una fatal combinación de circunstancias, y acaso más por culpa de Alfonso que de Rodrigo, no pudo éste incorporarse oportunamente al ejército cristiano. Valiéronse de esta ocasión sus enemigos para acusar al Cid de traidor a su rey, imputando su retraso a intención de comprometer el ejército de Castilla y de proporcionar un triunfo a los sarracenos. Por inverosímil e injustificable que fuese la acusación, el monarca, siempre prevenido contra Rodrigo Díaz, o dio o aparentó dar crédito a los denunciadores, revocó el derecho de señorío que le había dado sobre las fortalezas que conquistara, le privó hasta de las posesiones de su propiedad, e hizo poner en prisión a su esposa y sus hijos. Noticioso de tan duras medidas, despachó el Cid uno de sus caballeros para que le justificara ante el rey Alfonso ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial. Desoyó el monarca la proposición. Devolvióle, no obstante, la esposa y los hijos prisioneros, mas no satisfecho con esto el Cid, le envió cuatro justificaciones, cada una en términos diferentes: nada bastó a ablandar el ánimo del injustamente enojado monarca".

(Modesto Lafuente, *Historia General de España*, 1877)

Las andanzas del Cid

Las andanzas del Cid fueron muchas, según la leyenda. Cobró parias en Sevilla y Toledo; peregrinó a Santiago de Compostela y, en Barcelona, ofreció su espada al Conde. En este mapa se ofrecen los itinerarios históricamente más probables del destierro

Burgos, la tierra del Cid. Allí nace, allí vive hasta su destierro en el 1081 y allí está enterrado

Pamplona

Jaca

Perpiñán

Vivar
H. 1042

Urgel

Monzón

Gerona

Burgos
1081

Tudela

Tamarite

Zaragoza, el asilo durante el primer destierro. Sirvió seis años a sus reyes como jefe mercenario

Soria

Lérida

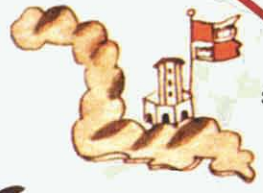
Barcelona

Burgo de Osma

Rueda

Zaragoza
1081

Calatayud



Tarragona

Alcañiz

Sigüenza

Daroca
1090

Tortosa

Morella

Albarracín

Toledo, la gran conquista de Alfonso VI, 1085. Allí había cobrado el Cid parias y de allí procedía Al-Qadir, taifa de Valencia

Segarbe

Toledo

Almenara
1082

Alpuente

Sagrajas (Zalaca) Terrible derrota castellana ante los almoravides, 1086. El Cid retornó del destierro

Valencia
1088/1094

Valencia culmina la epopeya del Cid. Once años de victorias, coronadas con la toma de la ciudad, 1094. Allí muere en el año 1099

Játiva

Denia

Aledo
1089

Orihuela

Aledo: derrota de Alfonso VI. El Cid no llega en su socorro y se ve nuevamente desterrado

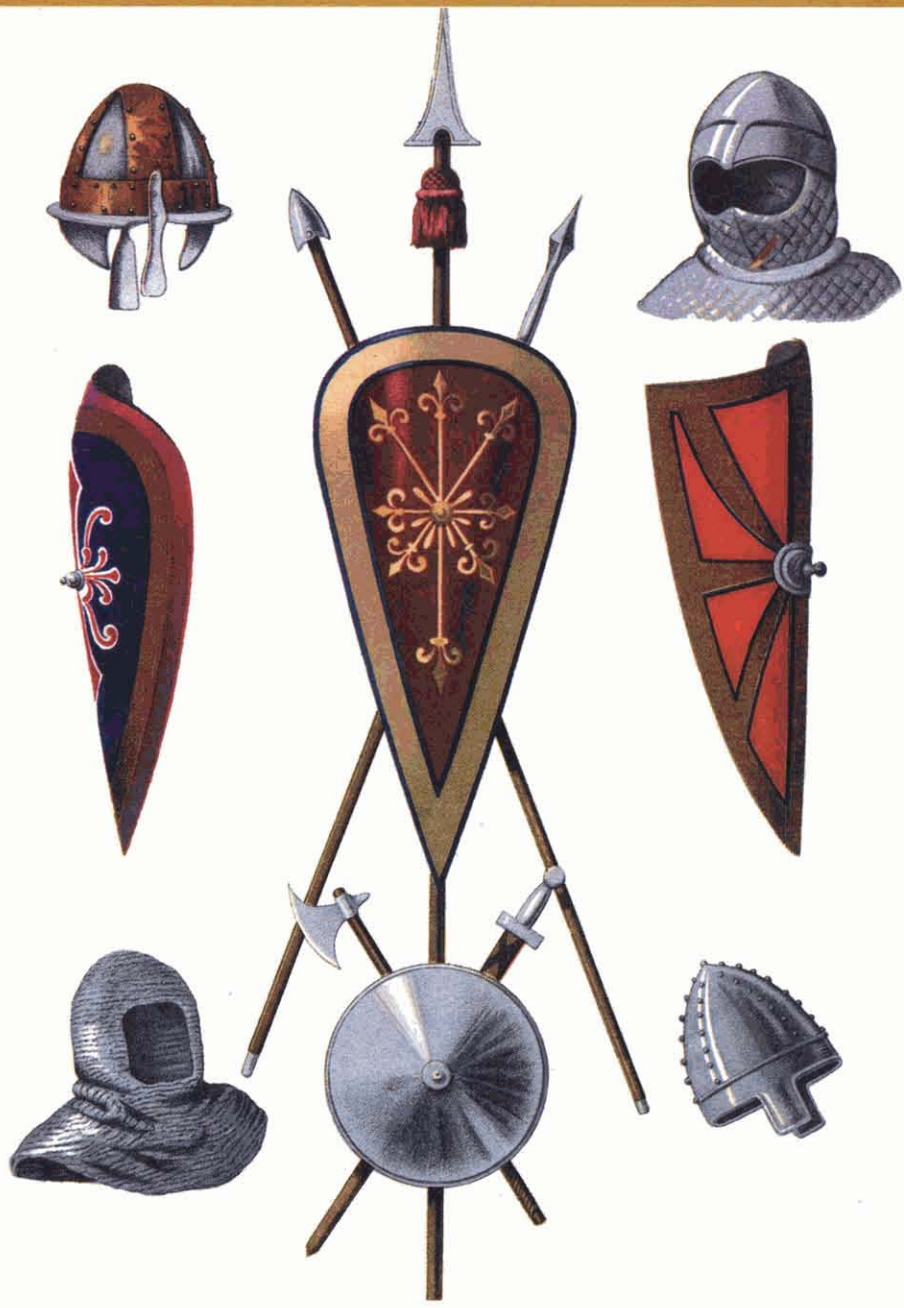
virtiera un cambio en la actitud del monarca, decidió no regresar a su tierra y volver a Zaragoza. Otras fuentes refieren que, después que Alfonso VI logró escapar de la emboscada que le habían tendido, no recibió con agrado al Cid cuando éste acudió ante él para disculparse y hacerle saber que no había participado en aquella traición.

Al servicio del rey de Zaragoza, el Cid emprendió nuevas campañas por tierras aragonesas. Por entonces, el rey de Aragón, Sancho Ramírez, había ampliado sus posesiones por la Marca Superior, pero el Cid no intervino nunca directamente contra él, salvo cuando apoyaba a al-Mundir, rey de Lérida. Eso ocurrió, por ejemplo, en 1084, cuando el Cid atacó Morella, y como se negara a abandonar esas tierras de al-Mundir, éste se alió con Sancho Ramírez. El 14 de agosto se libró una gran batalla, en la que Rodrigo hizo más de dos mil prisioneros. Al igual que en otras ocasiones, los liberó y sólo retuvo a dieciséis notables, entre los que figuraban el obispo de Roda; Iñigo Sánchez, señor de Monclús; Blasco Garcés; los señores de Buil y de Alquézar, etcétera... con los que se dirigió a Zaragoza.

El propio al-Mutamín, acompañado de sus hijos, los hombres más notables y numerosos vecinos de la ciudad, salió hasta la villa de Fuentes al encuentro del Cid para rendirle una calurosa acogida. Con este solemne recibimiento ponía de relieve la importancia que tenían las huestes castellanas para la seguridad de su reino y justificaba, de paso, el elevado coste de su mantenimiento.

Esta victoria es recordada por Ibn Bassam como una de las más importantes del Campeador, en la que combatió en inferioridad manifiesta. Tal reconocimiento tiene gran valor, pues en otro lugar de su obra no duda en calificarle de *perro gallego* y en describirle como un hombre codicioso y cruel.

Según la *Historia Roderici*, el Cid vivió en Zaragoza hasta el 1085, año de la muerte de al-Mutamin, y continuó "con el máximo honor y la máxima veneración" al servicio de su hijo y sucesor, al-Mustain II. Pero la situación iba a cambiar inmediatamente.



La venganza del Cid

El Cid odiaba a Ibn Yahhaf, el cadí que había destronado y ordenado la muerte de su amigo el rey taifa valenciano al-Qadir, apoderándose de sus riquezas y de los bastimentos que el ejército castellano tenía en Valencia y sus alrededores; que le había cerrado la ciudad, negándose a pagarle las parias; que se había aliado con los almoravides y que, finalmente, había resistido su cerco durante casi 20 meses... Tomada Valencia, quiso, que le entregara los bienes de al-Qadir. La *Historia de España* de Modesto Lafuente cuenta así la terrible venganza:

"Hízole poner una nota de todo lo que poseía, y que jurase ante los principales moros y cristianos no poseer otra cosa que lo que en la lista constaba, reconociendo al Cid el derecho de condenarle a muerte si otro haber se le encontrara (...). Mandó, pues, (Rodrigo) reconocer las casas de los amigos de Ben Gehaf (Ibn Yahhaf) imponiendo pena de la vida a los que ocultaran las riquezas que este les hubiera confiado: el miedo hizo que todos le fueran entregando los tesoros que guardaban. Hizo igualmente registrar la casa de Ben Gehaf, y por revelación de un esclavo se hallaron en ella inmensas riquezas en oro y pedrería. (...)"

"En medio de la plaza hizo ahondar (el Cid) un hoyo, en el cual dispuso fuese metido el antiguo cadí de modo que quedaran solamente descubiertas la cabeza y las manos. En derredor de esta fosa se pusieron haces de leña a los cuáles se les prendió fuego. Aquel desventurado mostró una serenidad horriblemente heroica (...) A fin de abreviar su suplicio con su propia mano se aplicaba las ascuas y tizones encendidos, y así expiró entre tormentos horrorosos. El Cid quería también quemar a la familia y parientes de Ben Gehaf, pero musulmanes y cristianos se interesaron e intercedieron por ellos y lograron, aunque con trabajo, ablandar a Rodrigo y salvarlos de tan ruda sentencia. Sin embargo, efectuó el mismo castigo en algunos otros personajes.(...) Fue el suplicio de Ben Gehaf en mayo o principios de junio de 1095".

(Modesto Lafuente, *Historia General de España,* 1877)

Con el pretexto de que no había acudido a socorrerle en la batalla de Aledo, en la que nuevamente fue derrotado por los almoravides, Alfonso VI calificó al Cid de "vasallo infiel" y le desterró de nuevo

A comienzos de aquel 1085, Alfonso VI se dirigió a Zaragoza con el propósito de tomar la ciudad, por lo que el Cid, que no deseaba enfrentarse a su rey, le ofreció sus servicios de igual forma que lo había hecho en Rueda. Siempre deseó recobrar el favor de su soberano, pero no tuvo éxito y siguió desterrado.

Breve reconciliación

Un año después, el rey fue derrotado por los almoravides en la batalla de Zalaca y ofreció su reconciliación al Cid, le otorgó su favor y le acogió en Toledo como vasallo, concediéndole "en prestimonio u honor" varios poblados y castillos.

Poco tiempo duró la reconciliación entre el Cid y Alfonso VI, ya que el monarca, bajo el pretexto de que su vasallo –que se hallaba en Requena– no había acudido a socorrerle en Aledo, le calificó como "vasallo infiel", por lo que incurría en la "malquerencia del rey". Más aún, se le acusó de conspirar contra el rey y fue desterrado, a pesar de haber logrado la sumisión de Albarracín, Valencia y Alpuente en nombre de Alfonso VI. El Campeador se encontró sólo y rodeado de numerosos enemigos; incluso, por fidelidad al rey castellano, se había enemistado con su antiguo patrón, el rey de Zaragoza. Por ello decidió marchar hacia Levante para asegurar las recién sometidas tierras y mantenerlas ahora por su propia cuenta, sin ningun apoyo pero también sin el compromiso de ser vasallo de nadie.

En 1089, desde Elche, el Cid comenzó a guerrear contra su antiguo enemigo, el rey de Lérida, y atacó el castillo y la caverna de Polop, próximos a Denia, donde se hallaba aquel soberano musulmán. Restauró y fortificó el castillo de Ondara, desde donde partirían sus algaradas, que pillaban desde Játiva a Orihuela, obteniendo cuantioso botín. Aceptando la petición de paz de al-Mundir, el Cid abandonó Denia.

La espada de Valencia

Al tener noticias de este acuerdo, al-Qadir, rey de Valencia, solicitó la amistad del Cid enviándole valiosos regalos, como hicieron, asimismo, los al-

Izquierda, **armas y defensas de la época del Cid (litografía de Serra, siglo XIX).** Abajo, **el Cid en la batalla de Alcudia, librada en el curso de las operaciones del cerco y toma de Valencia (grabado de *La Ilustración Española y Americana*, 1870).**

La afrenta de Corpes

Aunque no tenga base histórica alguna, una de las leyendas más populares de la saga cidiana es la de los condes de Carrión o infantes de Carrión, nobles que, por mediación real, lograron casarse con los hijas del Cid, Sol y Elvira. Dos años estuvieron junto al Cid en Valencia y en una batalla parece que no combatieron a satisfacción del Campeador, que de vuelta a palacio ordenó a sus criados que soltaran un león para poner en evidencia la cobardía de los infantes. Ridiculizados estos, dice la leyenda que se reivindicaron, metiendose en lo más recio de otra confrontación con los moros... Luego, regresaron a Castilla con sus esposas y con un hondo rencor hacia el Cid. Llegados al robledal de Corpes, acamparon con sus esposas, haciendo seguir a su escolta. Allí las desnudaron y, atándolas a un árbol, las azotaron con sus propias espuelas y después prosiguieron su camino, dejándolas abandonadas, con sus cuerpos cubiertos de sangre.

Félez Muñoz, sobrino del Cid, que figuraba en la escolta, partió en busca de sus primas al ver que los condes regresaban solos. Las halló, curó, vistió y condujo a Valencia, donde el Cid preparó su venganza. Primero, pidió justicia a Alfonso VI, que reunió Cortes en Toledo convocando a las dos partes. Allí presentó el Cid su querella, reclamó sus espadas –*Tizona* y *Colada*– y la dote que había entregado a sus yernos; conseguida la restitución material, pidió al Rey la restitución de su honor, en duelo a muerte; celebrose éste, y los campeones del Cid, sus amigos y capitanes, Martín Antolínez, Muño Gustios y Pero Bermúdez, vencieron y mataron a los condes de Carrión. Cumplida la venganza, el Cid casó a sus hijas con los infantes de Navarra y Aragón.

caides de los castillos que acudieron a él ofreciéndole sus tributos y bienes. De esta forma, el Cid se convertía en protector y casi en señor de algunos pequeños reinos musulmanes del Levante, sustituyendo a sus anteriores *protectores*, Berenguer de Barcelona y Alfonso VI de León y Castilla.

Por entonces se dejaba sentir la presencia de los almoravides, que sometieron en el año 1091 a todo el valle del Guadalquivir. Su avance sólo había de ser detenido por el Cid, cuya influencia sobre el rey de Valencia era tan notoria que provocó cierto malestar entre algunos musulmanes de la ciudad. Éstos observaban con desagrado la relación que su rey mantenía con los cristianos y la intervención del Cid en cuestiones de la ciudad, por lo que consideraron positiva la llegada de los almoravides.

Cuenta la *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas* que, cuando al-Qadir tomó posesión de Valencia, se ganó muchas enemistades, pues introdujo en ella innovaciones reprobables, alteró sentencias y realizó muchas acciones vituperables. Era amigo de Alfonso VI... como consecuencia, las gentes de Valencia tuvieron miedo de que él cediese a aquél la posesión de la ciudad al igual que le había entregado Toledo... y resolvieron matarle.

Las hijas del Cid. **Dióscoro de la Puebla, 1871, representó la afrenta del robledal de Corpes, donde los infantes de Carrión azotaron a sus esposas, abandonándolas después (M. del Prado, Madrid).**

El ejército almoravide, en su camino hacia Valencia, se apoderó de Denia, Játiva y Alcira. Ante este avance, al-Qadir huyó, pero fue localizado y asesinado. Enterado el Cid de lo sucedido, se irritó –según cuenta Ibn al-Kardabus– porque se consideraba protector de Valencia, habida cuenta que recibía por ello un tributo anual de cien mil dinares. Salió de Zaragoza, donde tenía su base de operaciones contra La Rioja, y se dirigió a Valencia, asediándola durante veinte meses, hasta que se le abrieron las puertas a causa del hambre. Tanta fue

ésta que llegó a pagarse –según al-Kardabus– un dinar por una rata.

En la *Crónica Anónima* se describe con cierto detalle la toma de Valencia por el Cid: "Uno de los condes cristianos, a quien se le llamaba al-Kanbayatur (el Campeador), cuyo significado es "el señor del Campo, y cuyo nombre verdadero era Ludriq (Rodrigo)", lanzó una incursión contra el cadí Ibn Yahhaf, que se había apoderado de Valencia, después que huyó al-Qadir; entonces la oprimió con intensa opresión y la sometió a fuerte asedio. Le cortó los aprovisionamientos, emplazó almajaneques y horadó sus muros. Los habitantes, privados de víveres, comieron ratas, perros y carroña; hasta el punto que la gente comió gente, pues a quien de entre ellos moría se lo comían. Las gentes, en fin, llegaron a sufrimientos tales que no podían soportar".

Los historiadores árabes han destacado la dureza del Cid contra el cadí Ibn Yahhaf. Ibn Bassam menciona su crueldad con la mujer y las hijas de éste, a las que estuvo a punto de quemar vivas. Por su parte, Ibn Alqama, testigo del asedio y la rendición de Valencia, escribió una minuciosa descripción de lo sucedido y cuenta cómo Rodrigo, ante la negativa de Ibn Yahhaf a entregarle el tesoro que había pertenecido a al-Qadir, ordenó someterle a tormento y después le condenó a una terrible muerte: "acopióse entonces abundante leña y se hizo un agujero en el que Yahhaf fue metido; se dispuso la leña en torno suyo y se le dio de fuego".

Ibn Alqama, al escribir su obra *Elocuencia de la gran calamidad*, pone de relieve, también, que el sufrimiento de Valencia fue debido a la impiedad de sus gobernantes, quienes cobraron al pueblo tributos ilícitos, no prescritos en el Corán, y establecieron alianzas con un enemigo de la fe, como el Cid, en lugar de aliarse con los almoravides.

Conquistada Valencia, el Cid mantuvo a los musulmanes en la propiedad de sus heredades, exigiéndoles únicamente el diezmo prescrito por el Corán, pero su posesión de la ciudad supuso un gran triunfo para los cristianos. No obstante, Valencia, con su huerta adyacente, constituía (R. Fletcher) una isla en medio de territorio enemigo, de igual manera que, durante la Primera Cruzada, lo fueron Edesa, Antioquía y Jerusalén, después de ser conquistadas por los cruzados en 1098-1099.

Por su parte, al-Kardabus opina que la descomposición social que se produjo en al-Andalus en aquel tiempo fue consecuencia de que muchos musulmanes malvados, viles, perversos y corrompidos, –a los que se llamó *dawa'ir*– siguieron al Cid y a otros jefes cristianos, apostataron del Islam y rechazaron la ley del Profeta.

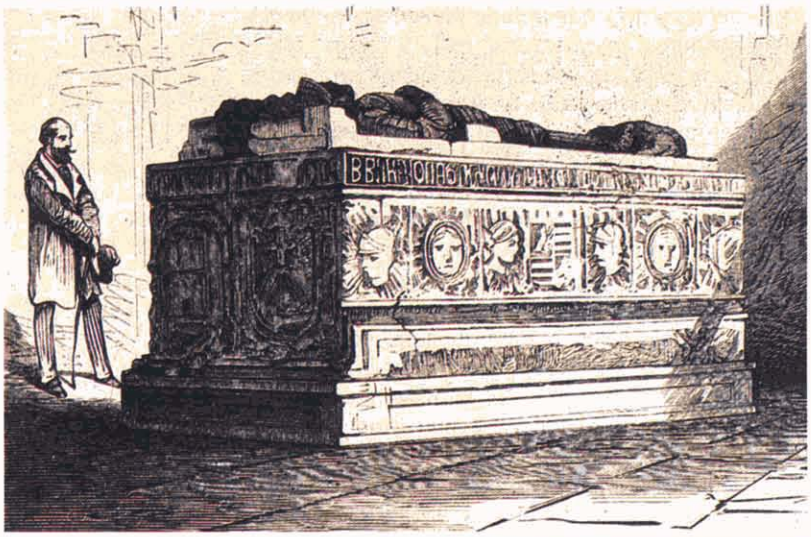
Los historiadores árabes, a pesar de que reconocían sus cualidades militares, no admiran al Cid; antes bien, le achacan múltiples desmanes, por lo que se refieren a él como "el Campeador que Alá maldiga" o "el infiel perro gallego". En 1844, el orientalista holandés R. Dozy daba a conocer un pasaje de Ibn Bassam, en el que se refiere al Cid de esta manera: "ese desterrado que pasó los mejores años de su vida al servicio de los reyes árabes de Zaragoza"; "ese Cid que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; ese aventurero cuyos soldados pertenecían en gran parte a la hez de la sociedad musulmana, y que combatió como verdadero mercenario, ora por Cristo, ora por Mahoma, preocupado únicamente por el sueldo que había de percibir y del botín que podía pillar".... Dozy disculpa la crueldad del Cid, porque respondía a la barbarie de la época y ensalza sus virtudes guerreras, su mezcla de astucia y audacia, de prudencia e intrepidez, y recuerda que el propio Ibn Bassam considera al Cid "un milagro del Señor".

La personalidad de Rodrigo Díaz de Vivar ha sido tema de estudio para un amplio grupo de investigadores, cuyas opiniones –aquí se han recogido las de algunos historiadores musulmanes– han sido sumamente dispares. Véase como muestra la opinión del historiador alemán Aschbach, quien, creyendo fabulosa la *Historia Roderici*, había sostenido, hasta que conoció la obra de J. A. Conde, que la conquista de Valencia por el Cid no era sino una ficción de los españoles para competir con la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillon.

La pérdida de Valencia

Todavía después de la muerte de Rodrigo su esposa Jimena, digna consorte de tan grande héroe, continuó defendiendo a Valencia contra los reiterados ataques de los Almoravides. Más de dos años sostuvo la ilustre viuda el honor de las armas castellanas en aquella ciudad ya famosa, hasta que en octubre de 1101 le puso cerco el general almorávide Mazdalí con poderosísimo ejército. Aun así se sostuvieron firmemente los sitiados por espacio de siete meses, al cabo de los cuáles, envió Jimena al obispo de la ciudad (...) a suplicar al rey de Castilla que acudiera en su socorro. Hízolo así Alfonso VI, entrando con su ejército en valencia sin que el de los Almoravides fuera capaz de estorbárselo. Mas conociendo Alfonso que sin el brazo y la espada del Cid sería difícil sostener una ciudad tan apartada del centro de sus Estados, determinó abandonarla, y después de haberla puesto fuego, salió con toda la guarnición cristiana en procesión solemne, llevando Jimena consigo el cadáver de su ilustre esposo. Entró, pues, Mazdalí con sus Almoravides en la ciudad el 5 de mayo de 1102".

(Modesto Lafuente, *Historia General de España*, 1877)



El sepulcro de Rodrigo Díaz de Vivar y de su esposa Jimena en el monasterio de Cardeña (dibujo de *La Ilustración Española y Americana*, 1872).

El fulgor

Nicasio Salvador Miguel
Catedrático de Literatura Medieval
Universidad Complutense de Madrid

El Cid Campeador (por Vela Zanetti, Diputación de Burgos).

DESDE SU JUVENTUD, LA VIDA DE Rodrigo Díaz de Vivar se vio jalonada por un cúmulo tan impresionante de éxitos militares y políticos, con repercusión en los distintos Estados de la Península Ibérica, que no extraña la atención que a su figura otorgaron los escritores más diversos en un proceso ininterrumpido que, iniciado en su propia época, se prolonga a lo largo de toda la Edad Media.

Incluso la historiografía árabe se ocupó del Cid –episódicamente y sin excesivos detalles– porque ya el valenciano Ibn Alqama, que vivió el asedio de su ciudad, escribió hacía 1100 un pormenorizado relato de los sucesos ocurridos entre 1090 y 1094, que, aun cuando perdido, ha llegado a través de Ibn Idari y de algunas crónicas castellanas. También el portugués Ibn Bassam de Santarem (n. 1147-1148) le dedicó un breve pasaje en su *Dajira,* a propósito de la toma de Valencia, mientras que, en época más tardía, se refieren a Rodrigo autores como Ibn al-Kardabus (hacia 1190), Ibn Alabar (hacia 1239) o Ibn al-Jatib (hacia 1374).

La conquista de Valencia dejó en los árabes el más abominable de los recuerdos; por ello resulta lógico que sus historiadores coincidan en pintarlo como "un enemigo aborrecido, al que colman de fechorías, dignas de todas las maldiciones" (Horrent), aun cuando Ibn Bassam se permita algunos elogios y lo presente interesado en la lectura y en el conocimiento de las gestas de antiguos héroes.

Los textos hispanolatinos

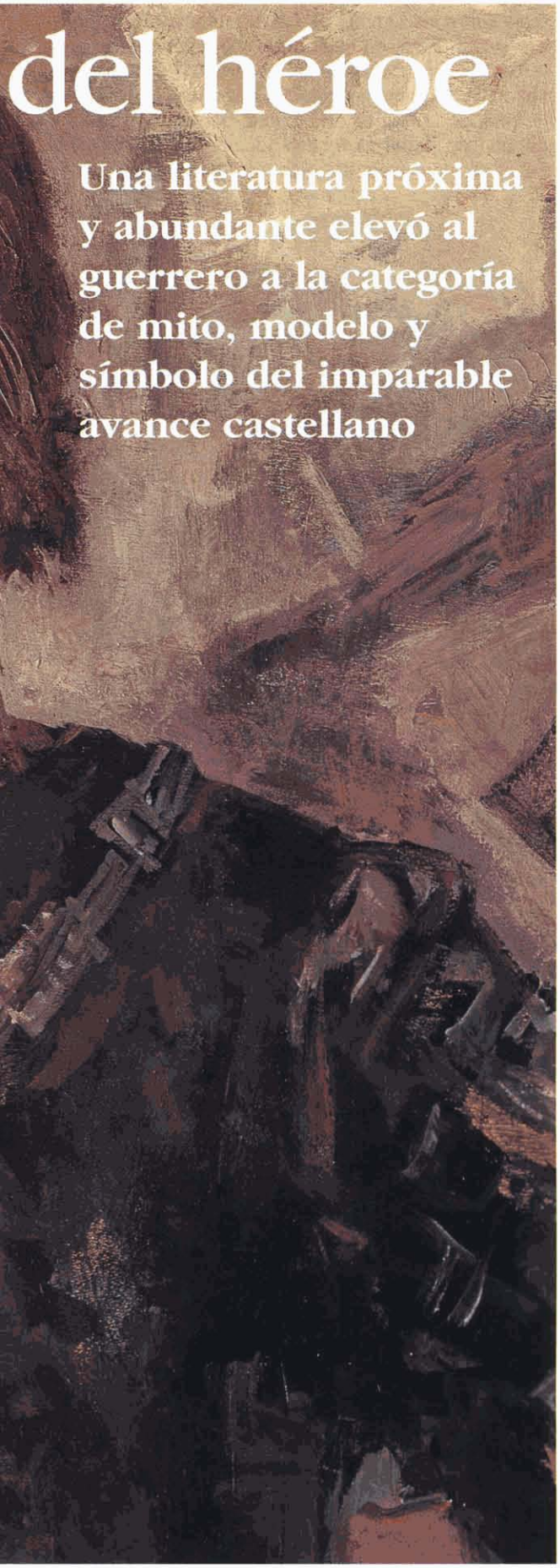
Por otro lado, con más o menos cercanía a la muerte del Cid –ya que la controversia sobre las fechas impide excesivas precisiones– surgieron varios textos en latín, cuyo objetivo era el desarrollo de una literatura cidófila, nacida probablemente entre sus compañeros desterrados, para suplir el silencio inicial de las crónicas más cercanas al personaje (como sucede con la *Chronica* de Pelayo o con la *Historia Silensis*).

El ejemplo más adelantado parece ser el incompleto *Carmen Campidoctoris*, en 129 versos sáficos rítmicos organizados en estrofas, que abarca desde su juventud a la batalla de Almenara (1082), escrito con mucha probabilidad por un monje de Ripoll y que muchos –Cirot, Menéndez Pidal, Kienest, Horrent– creen compuesto en vida del mismo héroe (en torno a 1090), aunque no faltan quienes lo juzgan cincuenta o sesenta años posterior (Ríos, Milá, Curtius, Smith, Wright). Sin embargo, el relato de algunos hechos parece apoyarse, directamente, en informaciones orales, lo que abogaría por la fecha temprana, centrándose en una selección de sucesos bélicos, contados con el entusiasmo de quien persigue un propósito propagandístico, pero de acuerdo a unas normas retóricas que el autor conoce a la perfección, como mostró Curtius.

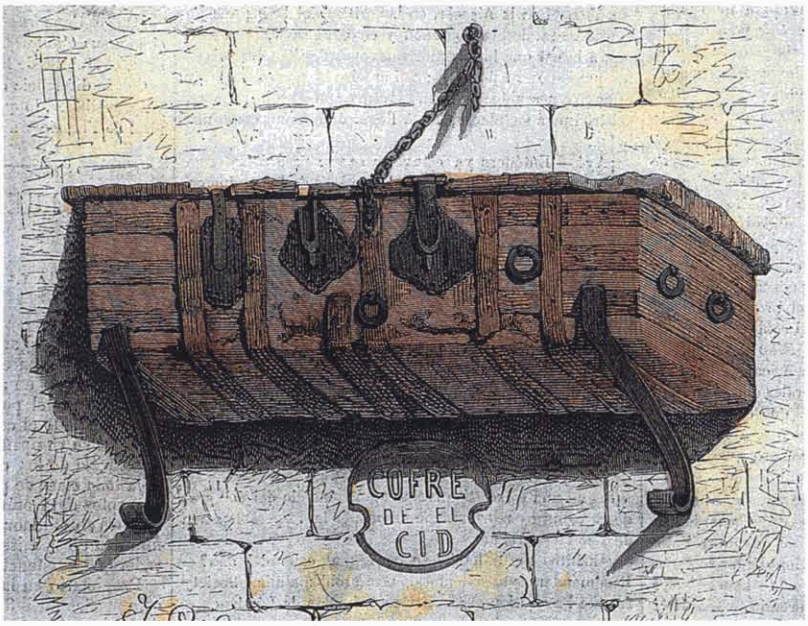
Entre fechas tan distintas y distantes como los

del héroe

Una literatura próxima y abundante elevó al guerrero a la categoría de mito, modelo y símbolo del imparable avance castellano



alrededores de 1110 (Menéndez Pidal) o los de 1170 (Lang), pasando por una fecha cercana a 1150 (Dozy, Ubieto, Horrent), se sitúa la *Historia Roderici* (o *Gesta Roderici*, según la denominan los manuscritos), la cual, con argumentos diversos, se ha atribuido a un autor aragonés, catalán, navarro o castellano. En cualquier caso, se trata de una obra que, pese a acoger ya elementos legendarios y poéticos, se halla por lo común bien documentada, pues el autor insiste en la, «certisima veritate» de lo que narra. En su exposición, se interesa casi exclusivamente por los hechos militares (con predominio de los acaecidos entre 1081-1084, 1089-1094 y 1097-1099) y no por los políticos ni los jurídicos. Es testimonio excepcional en el siglo XII de una crónica no centrada en un individuo de la realeza, en lo que su único paralelo posible lo constituye la *Historia Compostelana*.



El llamado "Cofre del Cid", conservado en la catedral de Burgos (dibujo de Gil, finales del siglo XIX, iluminado por E. Ortega).

Asimismo, en el *Poema de Almeria,* texto latino que constituye la segunda parte de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, fechable hacia 1148, se halla una referencia a «Meo Cidi», cuya gran importancia se verá.

La épica castellana

Una figura como la de Rodrigo Díaz de Vivar no podía resultar ajena a la poesía épica, en cuanto el propósito de los cantares de gesta consistía en el ensalzamiento político de personajes o hechos heróicos que, en circunstancias cruciales, tuvieron un interés relevante para un grupo social amplio. Así, el *Cantar de Sancho II* (o *Cantar del cerco de Zamora*), el *Poema de mio Cid* y las *Mocedades de Rodrigo* se ocuparon del personaje desde esta perspectiva. Ahora bien, el *Cantar de Sancho II* sólo nos es conocido por resúmenes cronísticos que, debido a sus diferencias, han llevado a varios críticos a sugerir dos versiones: una, fechada entre el reinado de Alfonso VI y mediados del siglo XII, representaría la exposición incluida en la *Chronica Najerensis*;

Cantar de Mio Cid

El Cid se despide de Vivar, dejando su casa arruinada:

"De los sos ojos- tan fuertemientre llorando,
Tornava la cabeça- e estávalos catando.
Vio puertas abiertas – e uços sin cañados,
Alcándaras vazías-sin pielles e sin mantos,
E sin falcones- e sin adtores mudados.
Sospiró mío Cid- ca mucho avíe grandes cuidados.
Fabló mío Cid- bien e tan mesurado:
<<¡Grado a ti, Señor Padre- que estás en alto!
Esto me an buolto-míos enemigos malos.>>"

El Cid pasa por Burgos y nadie se atreve a hablarle o a hospedarle por miedo a las represalias del Rey. Sólo una niña se dirige a él para rogarle que siga su camino:

"Mio Cid Roy Díaz, por Burgos entrove,
En sue compaña sesaenta pendones;
Exíen lo veer mujieres e varones,
Burgeses e burgesas, por las finiestras sone,
Plorando de los ojos, tanto habíen el dolore.
De las sus bocas todos decían una razone:
<<¡Dios, qué buen vasallo, sí hobiese buen señore!>>
Convidarle híen de grado, mas ninguno non osaba:
El rey don Alfonso tanto habíele grand saña.
Antes de la noche en Burgos d'el entró su carta,
Con grand recabdo e fuertemientre seellada,
Que a mio Cid Roy Díaz que nadi nol'diesen posada,
E aquel que se la diese sopiese vera palabra
Que perderíe los haberes e más los ojos de la cara,
E aun demás los cuerpos e las almas.
Grande duelo habíen las gentes cristianas;
Ascóndense de mio Cid, ca nol'osan decir nada.
El Campeador adeliñó a su posada;
Así como llegó a la puorta, fallóla bien cerrada,
Por miedo del rey Alfons, que así lo pararan;
Que si non la quebrantás, que no se la abriesen por nada.
Los de mio Cid a altas voces llaman,
Los de dentro non les queríen tornar palabra
Aguijó mio Cid, a la puerta se llegaba,
Sacó el pie del estribera, una feridal' daba;
Non se abre la puerta, ca bien era cerrada.

Una niña de nuef años a ojo se paraba:
¡Ya Campeador, en buena cinxiestes espada!
El rey lo ha vedado, anoch' d'él entró su carta,
Con grand recabdo e fuertemientre seellada.
Non vos osaríemos abrir nin coger por nada;
Si non, perderíemos los haberes e las casas,
E aun demás los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal vós non ganades nada;
Mas el Criador vos vala con todas sus vertudes santas.
Esto la niña dijo e tornós' pora su casa.

la otra, de la primera mitad del siglo XIII, sería la recogida por la *Estoria de España* de Alfonso X y la *Crónica particular del Cid*, a partir de las cuales J. Puyol y C. Reig intentaron incluso la reconstrucción hipotética de varios fragmentos.

El contenido de las dos versiones, en el caso de aceptarlas como tales, difiere no poco, hasta el punto de que la primera enlazaría más bien con un ciclo sobre los condes de Castilla que con uno sobre el Cid. Pero, en cualquier caso, como parte de la exaltación de Castilla frente a León, el Cid desempeña un papel esencial, al negociar con Urraca la toma de la ciudad de Zamora, perseguir a Bellido Dolfos, recibir la recomendación de Sancho II antes de morir y ser el único que se atreve a desafiar al nuevo rey Alfonso VI, mediante la jura de Santa Gadea, que, sea o no un añadido posterior, tendrá sus derivaciones en el Romancero.

Ruy Diaz de Biuar, llamado por excelencia el Cid Campeador, VI. defcendiente de Lain Caluo Iuez de Caftilla. fue capitan famofo en todos los figlos, y gran terror de los Moros, y ganoles a Valencia, con otros muchos pueblos. Murio en ella a 13. de Iulio de 1093. y enterrofe enel moneſterio de Sanct Pedro de Cardeña.

Arriba, **estatua del Cid (Alcázar de Segovia).** Derecha: ***La Jura de Santa Gadea* (litografía siglo XIX, colección particular, Madrid).**

En un sentido bien diferente, las *Mocedades de Rodrigo*, cuya composición se sitúa en la segunda mitad del siglo XIV (hacia 1360), y que reelabora con toda probabilidad una perdida *Gesta de las mocedades de Rodrigo*, revela ya un momento tardío y decadente de la épica hispánica, tanto en la forma –comienzo en prosa, deformaciones del verso– como en el argumento que se centra en la juventud del personaje, la cual puede interesar a un público que conoce de antemano la biografía posterior –es decir, la etapa en que el héroe se hallaba en la cumbre de su poder– y que se encuentra ansioso de novedades. Las adiciones que se hallan en las *Mocedades* respecto a la primera versión parecen corresponder –como ya indicó Deyermond– a un clérigo que persigue fines propagandísticos para la diócesis de Palencia. Pero, además, como ha subrayado L. Funes, su copia en un códice de hacia 1400, que contiene una versión de la *Crónica de los reyes de Castilla*, revela en el compilador unos

El Cid no podía ser ajeno a la épica, pues el propósito de los cantares de gesta consistía en el ensalzamiento de personajes o hechos heroicos con interés relevante para un grupo social

intereses historiográficos, ya que busca incluir un acopio complementario de información sobre "el período inicial del reino y la juventud, de su héroe máximo", si bien con inexactitudes manifiestas.

El *Mio Cid*

Sin embargo, es hacia 1207, fecha progresivamente aceptada por los estudiosos frente a otras dataciones, cuando un poeta que aúna los saberes jurídicos e históricos con el dominio de las técnicas de la épica primitiva –visibles sobre todo en la métrica (versos anisosilábicos agrupados en series o *laisses* más rima asonante) y en el lenguaje formular– supera todos los ejemplos del género con la composición del *Poema de mio Cid*.

Parte el autor de la vida del personaje histórico que perteneció, en su momento, a la baja nobleza emergente en Castilla durante los reinados de Sancho II y Alfonso VI. Pero, lejos de ceñirse a un planteamiento biográfico apegado a la historia, el autor, iniciando el relato con la salida de Castilla del personaje, inserta una serie de elementos fabulosos, anacrónicos y deformados que se conjuntan con los mimbres tomados de la realidad: destierros del Cid, enemistad entre Alfonso VI y García Ordóñez, prisión del conde de Barcelona, alianzas de Rodrigo con reyes y caudillos moros, conquista de Valencia.

De esa agregación, conscientemente motivada por razones literarias para enaltecer al protagonista, surge la figura de un héroe poético, muy aleja-

La jura de Santa Águeda (o Gadea)

En Santa Águeda de Burgos
do juran los hijos de algo
allí toma juramento
el Cid al rey castellano,
si se halló en la muerte
del rey Don Sancho su hermano;
las juras eran muy recias,
el rey no las ha otorgado:
-"Villanos te maten, Alonso,
villanos, que no hidalgos,
"de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
"si ellos son de León
yo te los do marcados:
"caballeros vayan en yeguas,
en yeguas que no en caballos;
"las riendas traigan de cuerda,
y no con frenos dorados;
"abarcas traigan calzadas
y no zapatos con lazo;
"las piernas traigan desnudas,
no calzas de fino paño;
"trayan capas aguaderas,
no capuces ni tabardos,
"con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados;
"mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
"con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
"mátente por las aradas,
no por caminos hollados;
"sáquente el corazón
por el derecho costado,
"si no dices la verdad
de lo que te es preguntado,
"si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano."
Allí respondió el buen Rey,
bien oiréis lo que ha hablado:
-"Mucho me aprietas, Rodrigo,
Rodrigo mal me has tratado,
"mas hoy me tomas la jura,
cras me besarás la mano."
Allí respondió el buen Cid
como hombre muy enojado:
-"Aqueso será, buen Rey,
como fuere galardonado;
"que allá en las otras tierras
dan sueldo a los hijosdalgo.
"Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
"porque la besó mi padre
me tengo por afrentado."
-"Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
"vete, no me entres en ellas
hasta un año pasado."
-"Que me place", dijo el buen Cid,
que me place de buen grado,
"por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado:
"tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro."
Ya se partía el buen Cid
de Vivar, esos palacios,
las puertas deja cerradas,
los alamudes echados,
las cadenas deja llenas
de podencos y de galgos.
Con él lleva sus halcones,
los pollos y los mudados.
Con él van cien caballeros,
todos eran hijos de algo,
los unos iban a mula
y los otros a caballo.
Por una ribera arriba
al Cid van acompañando;
acompañándolo iban
mientras él iba cazando.
(Del *Romancero Anónimo*,
selección de Dámaso Alonso,
Salvat, 1969)

Muerte y victoria

Cuenta la leyenda que en la primavera de 1099 se acercaba a Valencia un nuevo ejército almoravide y el Cid, cargado de años y de achaques, se aprestaba a combatirlo, cuando una noche se le apareció un resplandeciente personaje, san Pedro: "Vengo a anunciarte que no te restan sino treinta días de vida, pero es voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar , y que tu mismo, después de muerto, des el triunfo en esta batalla. El apóstol Santiago te ayudará..." Repentinamente el Cid se encontró mal, perdió el apetito y las fuerzas y se dedicó a prepara su alma para la muerte y dejar instrucciones claras a sus capitanes para la batalla que se sentaba.

Tres días después de su cristiana muerte y cuando todavía se le hacían al Cid los funerales, acercóse a Valencia el ejército almoravide, mandado por el rey Bucar (Abu Bekr) y otros 36 reyes, cuyas huestes eran tan numerosas que hubieron de acampar en 15.000 tiendas. Dos días después, el ejército cristiano decidió salir de la ciudad y presentar batalla. El cadáver embalsamado del Cid fue colocado sobre Babieca, su poderoso caballo blanco, sujeto por un artilugio de madera. De lejos le vieron los moros, enarbolando su refulgente espada, cubierto por su brillante casco, abiertos los ojos y bien peinada la barba. y todos se llenaron de espanto... Continua la leyenda comentando los prolegómenos de la batalla, que abrieron doscientas amazonas negras juramentadas contra los cristianos... Cuando aquellas fueron vencidas, el ejército del Cid atacó a los almoravides, y si estos ya andaban medrosos por la presencia del Cid, se dispersaron definitivamente cuando vieron bajar del cielo a un blanco blandiendo una espada que despedía fuego... Es decir, el triunfo cristiano no sólo se debió a la presencia del Cid, embalsamado, sino, también, a la intervención de Santiago.

do del caudillo histórico, cuya trayectoria épica se estructura en tres cantos, que tienen como núcleo central el destierro de Rodrigo, el primer matrimonio de sus hijas con los infantes de Carrión y, por fin, la victoria legal que, frente al proceder de sus yernos, obtiene en las Cortes de Toledo, tras las cuales sus hijas celebran un nuevo casamiento con los infantes de Navarra y Aragón.

Tal eje temático posibilita que el *Poema* gire en torno al engrandecimiento progresivo del héroe que, de mero infanzón deshonrado a causa del destierro, va superando un cúmulo de adversidades hasta lograr, mediante su esfuerzo, una ascensión imparable. En efecto, desde el principio al término de la obra, el argumento se encamina a resaltar ese fin, a través de un proceso en que se conjugan el progreso militar, derivado de las victorias guerreras que también le procuran enriquecimiento; la promoción familiar y social, dimanada de los sucesivos matrimonios de sus hijas; y el triunfo legal al obtener el perdón regio tras una reparación jurídica que emana de su respeto a las normas establecidas por el derecho.

Para avalar ese ascenso continuado, se dibuja al Cid como espejo de las virtudes típicamente caballerescas: hombría, cortesía, heroísmo, fidelidad, magnanimidad, religiosidad y, sobre todo, prudencia y mesura. Con certeza, varias de esas cualidades cuadran poco con las del Rodrigo histórico, mas el autor las acumula en el *Poema* para justificar su desarrollo y cimentar la admiración y hasta la imitación por la audiencia del protagonista, convertido en un personaje emulable.

Estatua de Rodrigo Díaz en su villa natal, Vivar.

Asimismo, para resaltar más el valor del héroe-modelo, se insiste, por contraste y por simplificación retórica, en los rasgos negativos: los "malos mestureros" que han provocado su expulsión de Castilla; los traidores y desleales infantes de Carrión; Ansur González, retado y vencido por Muño Gustioz. A un propósito artístico responde también el diseño del rey Alfonso, cuyo comportamiento cambia desde la envidia hasta el respeto al Cid, de modo que resulta una figura humana y no un simple arquetipo, si bien, para mantener la intensidad poética, se describe al monarca con una bondad relativa frente a la ejemplaridad absoluta de Rodrigo, lo que contribuye al dramatismo y la tensión psicológica.

En suma, el *Poema de mio Cid* se convierte en una obra de la clase media y guerrera por medio del loor de un personaje que, en oposición a la nobleza de sangre, se encumbra por sus propios méritos hasta el rango más alto de la caballería y que sólo acepta por encima de él la prevalencia de la autoridad real.

Ahora bien, además de los textos mencionados, se vienen citando unos cuantos más que, sumados a los anteriores, constituyen el ciclo épico del Cid. Así, Powell conjeturó la existencia de un breve poema épico, *Destierro del Cid,* que trataría de las causas del destierro y sería anterior al texto de 1207. Algunos –Horrent, Chalon– han pensado en un poema sobre *La Jura de Santa Gadea,* que habría servido de enlace entre el *Cantar de Sancho II* y el *Poema de mio Cid,* si bien, para otros, tan solo habría constituido el final de una de las versiones del *Cantar de Sancho II*; tal opinan Menéndez Pidal, Fraker y M. Vaquero, aunque con conclusiones bien diversas.

Asimismo, un presunto cantar al que se ha denominado *Fernando, par de emperador*, fechándolo a fines del siglo XIII o principios del XIV, ha sido considerado muchos como una conexión entre la *Gesta de las mocedades de Rodrigo* y el *Cantar de Sancho II*, aunque sin pruebas concluyentes. Por fin, la alusión a un "Meo Cid (...) de quo cantatur" en el *Poema de Almeria* es muy probable que se refiera, aunque caben otras interpretaciones, a uno o varios poemas épicos en castellano sobre Rodrigo, anterior o anteriores al *Poema de mio Cid*, si bien no cabe asegurar nada sobre la extensión o las posibles relaciones con el mismo.

Otras derivaciones literarias

Diversas leyendas e innovaciones pseudohistóricas que, sobre todo por el éxito del *Poema* de 1207, se fueron acumulando en torno al monasterio de Cardeña, donde se encontraban las tumbas de Rodrigo y Jimena, originaron hacia mediados del siglo XIII la perdida *Estoria de Cardeña* que dejó sentir su influjo en la crónicas, las cuales, a partir de la *Estoria de España* alfonsí, concedieron al Cid un puesto relevante

El Cid en Hollywood, un *western* del siglo XI

La sierra de Guadarrama, el castillo conquense de Belmonte, una Peñíscola todavía libre del cinturón de cemento que ahora la oprime y otros escenarios naturales, junto a los míticos *Estudios Chamartín* –que dieron cobijo a una réplica de la catedral de Burgos– fueron a lo largo de varios meses escenario del rodaje de esta gran superproducción en Super-Technirama 70 y tecnicolor, un lujo absoluto que tuvo dos nominaciones para los *Oscars* de aquel año, por la escenografía y la partitura.

Anthony Mann, que por una temporada fue hollywoodiense marido de la racial Sara Montiel, aplicó sus grandes conocimientos en la técnica del *western* para dar forma visible al contenido del *Cantar de Mio Cid*. Con tantos medios materiales –entre los que destacaron muy en primer término unos Heston y una Loren (por entonces, acreditada como Sophia), que aportaron sus generosos físicos en los papeles protagonistas– el resultado final fue realmente espectacular.

Millares de extras fueron empleados en las escenas de multitud, dando respaldo a la aventura del héroe, mezcla de *cowboy* y de guerrero medieval que vende sus servicios al mejor postor. Película de aventuras, de amor, de traiciones (recordar una Doña Urraca *mala-mala;* un débil y ambiguo Alfonso VI), es también un filme de viajes, en la mejor tradición americana de los *road movies*. Desde Burgos a Valencia, secarrales y colinas sirven de escenario a todo ese despliegue. Y, al final, la escena cumbre, cuando el cadáver del héroe sale de la falsa Valencia, es decir, de Peñíscola, y su presencia es suficiente para derrotar a los enemigos, que huyen despavoridos mientras él penetra en los campos de la leyenda.

Aunque los créditos de la película presumían gustosos de la participación del egregio Menéndez Pidal como asesor en materia histórica, nada más alejado de la realidad del siglo XI que el producto final. Ni los planteamientos históricos del personaje y su circunstancia, ni los lugares elegidos para el rodaje, ni cuestiones tales como los decorados góticos o la vestimenta de los personajes tenían nada que ver con la época del Cid. Acabó imponiéndose el ficticio efectismo hollywoodiense que era, en definitiva, lo que por otra parte nadie había pensado nunca poner en discusión.

Ficha técnico-artística

Título: **El Cid,** 1961. Producción: **Samuel Bronston Productions.** Dirección: **Anthony Mann.** Guión: **Fredric M. Frank, Philip Yordan y Ben Barzman.** Dirección fotografía: **Robert Krasker.** Música: **Miklos Rozsa.** Intérpretes: **Charlton Heston, Sophia Loren, Raf Vallone, Geneviève Page.**

que algunas llevaron a la exageración. Ello sucede, por caso, en la *Crónica* de 1344, en la que se acrecienta el papel desempeñado por Rodrigo en las transformaciones políticas y religiosas del siglo XI.

Por otro lado, con el paso del tiempo, las crónicas no castellanas registraron de manera diversa algunos hechos atinentes al Cid, de modo que, si la *Historia Roderici*, confirmada por Ibn Bassam, presenta a Rodrigo victorioso frente a las tropas leridanas y aragonesas en la batalla de Tortosa (14 de agosto de 1084), la *Crónica navarro-aragonesa* (hacia 1310) afirma que abandonó el campo sin honor y la *Crónica de San Juan de la Peña* asegura que fue derrotado.

El Romancero, por fin, desde el siglo XV, contribuyó a la difusión de las hazañas de Rodrigo, bien mediante romances conectados con los cantares de gesta bien mediante otros independientes, al tiempo que, desde la decimosexta centuria, su fama se extendía y perpetuaba a lo largo de todo el mundo por circuitos literarios muy distintos, tal como ha estudiado recientemente C. Rodick en su libro sobre *La recepción internacional del Cid.*

Arriba, fotograma de la película *El Cid*: torneo a los pies del castillo de Belmonte. Abajo, **Ramón Menéndez Pidal, el gran investigador de la figura literaria e histórica del Cid.**

Para saber más

ALLAH, A., *El siglo XI en 1ª persona. Las "Memorias" del último rey Zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090),* trad. de Lévi-Provençal y E. García Gómez, Madrid, 1980.

ANÓNIMO, *Cantar de mio Cid,* edición de ALBERTO MONTANER, Barcelona, 1993.

BOSCH VILÁ, J., *Los Almorávides*, Granada, 1990.

FLETCHER, R., *El Cid*, Madrid, 1989.

GÁRATE, J. M., *Las huellas del Cid,* Burgos, 1986.

GARCÍA, G., *Las rutas del Cid,* Madrid, 1988.

Ibn al-Kardabus, est. trad. y notas de F. MAÍLLO SALGADO, Madrid, 1993.

LÓPEZ ESTRADA, F., *Panorama crítico sobre el "Poema del Cid"*, Madrid, 1982.

MARKINA, L., *El Camino de El Cid en bicicleta,* Burgos, 1998.

MARRERO, J. A. Y FRAILE, A., *Por los caminos de El Cid,* Burgos, 1995.

MENÉNDEZ PIDAL, R., *El Cid Campeador*, Madrid, 1968.

MENÉNDEZ PIDAL, R., *La España del Cid.* Madrid, 1969.

MONZÓN Y PONZ, J., *Aquel hombre a quien llamaron El Cid,* Burgos, 1987.

OLAIZOLA, J. L., *El Cid, el último héroe,* Madrid, 1990.

VIGUERA, M. J., *Aragón musulmán*, Zaragoza, 1981.

IBID., *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes,* Madrid, 1992.